

# **Senderos del corazón: la protección de lo sagrado y el patrimonio cultural vivo en el noroeste de México**

*Alejandro Aguilar Zeleny  
Centro INAH Sonora*

## **Introducción: lo que está vivo no puede ser intangible**

La memoria y el corazón son elementos sustanciales de nuestra existencia y nos permiten habitar el tiempo, dotándolo de sentido, gracias a ello cualquier espacio físico es convertido en un territorio determinado, mediante el cual no sólo se configura lo que el escritor Roberto Castillo señalara como la “cartografía del alma”; sino que además de esta manera adquieren forma y sentido la cultura y las identidades mediante las cuales se expresa nuestro múltiple y diverso modo de ser humanos. Nos apropiamos de una esquina, de una calle, de un barrio, del aroma de nuestra ciudad, como desde el inicio de los tiempos nos sentimos parte de bosques, mares, desiertos, valles y montañas, dándole nombre, rostro y personalidad a los ríos, los cerros o las cuevas.

De esta manera podemos pensar y decir que las identidades humanas son territoriales, geográficas o históricas, tanto como reales, simbólicas e imaginarias y por ello es que nos hemos confrontado unos a otros a lo largo del tiempo, construyendo, desechando y delineando de nueva cuenta naciones, regiones y fronteras. Esto es algo que forma profundamente parte de lo humano, atravesando identidades étnicas, idiomas, clases sociales y formas de expresión; claro que para algunos todo esto es tan sólo posesión, pertenencia o acumulación, mientras que para otros, más allá de eso, es algo que tiene que ver con la configuración de memoria, herencia y participación.

En cierta medida estas son algunas de las razones que me hacen preferir el concepto de patrimonio cultural vivo, y no el de patrimonio intangible, cuando se refieren cuestiones tan diversas y complementarias como las nociones de lo religioso y lo sagrado, tanto como la territorialidad o las identidades étnicas y culturales. Lo que se cree o se piensa puede parecer intangible, no así la comunidad de gente que comparte determinadas prácticas sociales, al grado incluso de ofrendarles su existencia misma. Ciertamente es que con el término intangible se pretende acentuar su importancia o validez; sin embargo, el término mismo elude para ciertas visiones su importancia y su valor, si no se ve no existe, o resulta difícil creer en lo que no se ve.

## **Ni el alma ni el corazón están en venta: el patrimonio cultural vivo**

Si bien el fenómeno de la globalización es tan antiguo, al menos como los célebres viajes de Marco Polo hacia las enigmáticas tierras orientales, los efectos de una globalidad guiada y determinada por fines e intereses económicos -- que confunden la historia con una enciclopedia y la cultura con un atractivo turístico -- se perciben claramente en muy distintas partes del mundo.

Esto sucede, al menos, en cada sitio donde la identidad étnica y la memoria histórica hacen acto de presencia una y otra vez, tratando de hacernos recordar porqué somos seres humanos y no tan sólo animales racionales, como alguna vez fuéramos definidos: ser es un acto de conciencia, de donde lo humano deviene también como un acto de voluntad.

La nación mexicana, desde sus albores prehispánicos, se ha sustentado en gran medida en el reconocimiento de su historia y en el resguardo o protección de los símbolos y señales de esa trascendencia, aunque a lo largo del camino y en más de una ocasión esa voluntad ha prestado más atención a evidencias físicas o materiales, que al conjunto de ideas, conocimientos y creencias que les han dado forma, sustento y sentido en la voz y tradiciones de la gente, que dan sentido a tales evidencias.

Sin embargo no por ello podemos olvidar que si todo esto tiene algún sentido, se debe a la gente que impregnó sus ideas y sentimientos en rocas, piedras, barro, pieles, cortezas o metales y cuya memoria no sólo habita en el arte rupestre; en ciudades y templos antiguos, ni en códices y esculturas solamente. También se encuentra en la memoria, cultura, creencias y tradiciones de los miembros de diversas sociedades indígenas contemporáneas, que a su manera mantienen viva una parte de este inmenso legado, al cual dotan además del rostro mismo de su propia existencia.

En distintas ocasiones, a lo largo del proceso de configuración de esta nación, la riqueza y sabiduría del pasado indígena han sido invocadas, para encender el fuego de la identidad, la soberanía y la nacionalidad. Fue así en la lucha por la independencia, en el espíritu modernizador del período de Porfirio Díaz, tanto como en la gesta revolucionaria que dio forma al nacionalismo revolucionario hasta su agonía neo-liberal. De esta manera se forjaron leyes, políticas e instituciones culturales con las que se pretendió honrar un glorioso pasado y que llegaron a ser incluso ejemplo para otras naciones, también preocupadas por su historia y su cultura.

Si bien puede decirse que en buena parte del siglo XX las políticas culturales y étnicas de nuestro país fueron ejemplo y motivo de orgullo en el concierto de naciones (particularmente tal vez en las de origen colonial y subdesarrolladas), esto es algo que ahora parece formar tan sólo parte de nuestro pasado y no compromiso hacia el futuro. Muestra de ello pueden ser la abrupta e inexplicable desaparición del Instituto Nacional Indigenista, convertido hoy en una difusa Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas; un caso semejante puede ser la prolongada agonía a que se ha sometido la política de la cultura popular, sujeta al centralismo cultural, que tolera, pero no cree en las tradiciones. Algo semejante puede decirse del gran proyecto de educación indígena, que pese a los más modernos discursos sigue siendo considerada y tratada como una “educación especial” que hoy en día rechazan tajantemente las personas con capacidades diferenciadas, antes llamados discapacitados.

Es de reconocerse y señalarse el esfuerzo nacional que se refleja en la Ley Federal de Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos del año de 1972, que fortalece de una manera definitiva la acción tanto del Instituto Nacional de Antropología e Historia, tanto como la del Instituto Nacional de Bellas Artes. En el caso del INAH, esta ley posibilita e instrumenta de una mejor manera la protección del llamado patrimonio cultural tangible, al grado tal que en nuestra institución se ha fomentado mayormente el trabajo arqueológico que el antropológico.

Esto se deriva especialmente del hecho de que en el propio marco del nacionalismo revolucionario, se pretendió erróneamente alfabetizar y castellanizar a los indios, para insertarlos en los afanes de un México moderno, olvidando y negando así la riqueza y valor de culturas vivas, representantes de distintas formas de ver, pensar y hablar del mundo. De esta manera

fueron relegados al difuso ámbito del folclor y la tradición, excluyéndolos así del campo de la cultura. El principal efecto de ello es que hasta la fecha no existe un adecuado marco de ley que reconozca y valore adecuadamente el patrimonio cultural vivo de México y ni siquiera el término de intangible haya recibido un mayor peso en las políticas culturales. En lugar de ello, según lo muestran las últimas iniciativas de ley en materia de promoción y difusión de la cultura y que actualmente se encuentran en manos de los legisladores del país, el término de patrimonio cultural es sustituido por el de bien cultural, sujeto a comercio.

### **¿Tangible o intangible?: los pueblos indígenas de México, cultura en movimiento**

Un tanto al margen de estas discusiones, que para algunos pudieran parecer decimonónicas, es decir, propias del siglo XIX, las sociedades indígenas no sólo siguen resistiéndose al olvido y la desaparición, sino que además siguen buscando nuevas formas de mantener con vida su manera de ser y de pensar, aprovechando los recursos y tecnologías del momento, hurgando además en las raíces de su memoria y tradiciones. De su capacidad y fortaleza nos han dado muchísimas muestras, sobreviviéndonos incluso a nosotros mismos, que si bien como nación somos más jóvenes, aprendimos fácil e indiscriminadamente a copiar modas y estilos, de los cuales poco a poco nos hemos ido apropiando y reconfigurando. Algunos los ven como náufragos perdidos en la mar, mientras que otros los conciben como sobrevivientes que han sabido llegar y sobrevivir en nuevas tierras; ellos no pierden la esperanza.

Tal es el caso de muchísimas comunidades e individuos, pertenecientes a los pueblos indígenas de México que han sabido conservar su cultura, no tan sólo como quién mira tercamente al pasado sin querer mirar el nuevo día; sino justamente, habitando el tiempo y dotándolo de sentido. Y esto último es lo que a veces logra confundirnos y pensar etéreamente en lo intangible, como la química de esencias que darían por resultado al ser y sus identidades esenciales. En buena medida, lo que está detrás de esa fortaleza y perseverancia es el sentido de lo sagrado, lo que da razón y motivo a la existencia y permite atravesar los tiempos y el escepticismo que a veces parece dominarnos frente a los espejismos de la tecnología y el desarrollo mal sustentado y bajo control de economías y principios económicos unitarios.

Si algo me queda claro hoy en día es que el llamado resurgimiento de las identidades étnicas y el reclamo de muchos pueblos por ser reconocidos con sus verdaderos nombres tiene que ver con el reconocimiento de un hecho elemental, que sin embargo es de suma importancia: todos somos gente; ya sea de un lugar o de otro, somos y seguimos siendo gente viva y concreta, no inmaterial o intangible.

Esto es lo que reclaman los o'odham, cuando rechazan el término pápago; lo mismo sucede entre los conca'ac, que se sacuden el término seri; o entre los o'oba cuando dicen que no son pimas. Pasa así entre los macurawe y no guarijío y los yoeme y yolemme yaqui y mayo. Cada uno de sus nombres dice con sencillez: Somos gente.

### **Senderos de la memoria: la protección de lo sagrado**

Cada una de estas sociedades forma parte de las culturas del noroeste de México y conserva y expresa una serie de preocupaciones que tienen que ver con su forma de pensar, con sus concepciones filosóficas y religiosas y fundamentalmente con su derecho a la existencia, la cual se también manifiesta como su derecho al reconocimiento de sus territorios y sus múltiples y diferentes relaciones con éste. Frente a ellos, los intereses de nuestra sociedad occidental se

han orientado más hacia el aprovechamiento de los recursos y no fue sino el riesgo del caos ecológico y social lo que nos llevó a implementar la tibieza -- amorosa, tal vez, pero no enérgica -- del desarrollo sustentable, que aguanta hasta que algo se rompe.

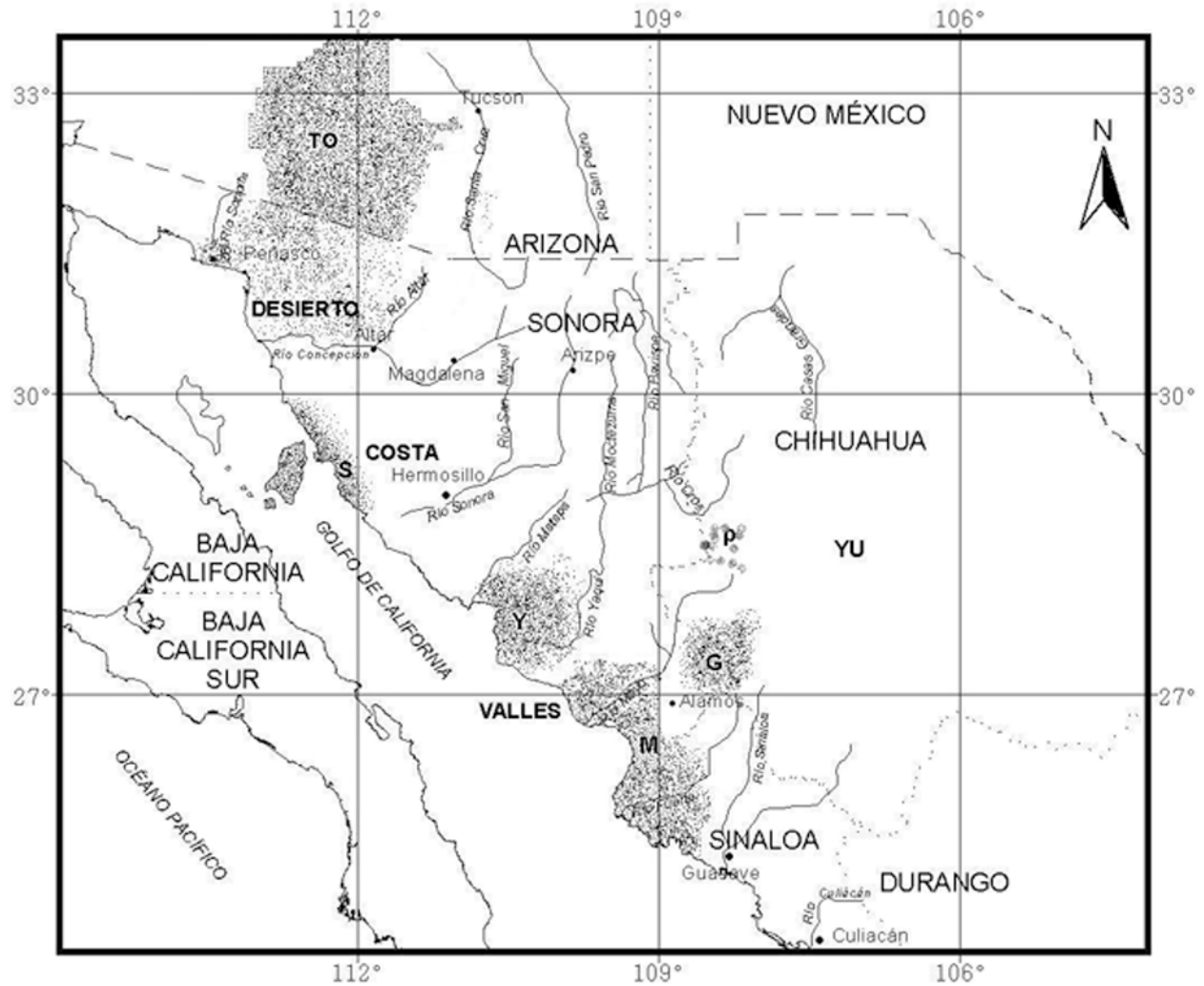
Hace ya varios años, o mejor aún, en las postrimerías del siglo XX, el hoy fallecido Instituto Nacional Indigenista convocó a una serie de reuniones orientadas hacia la protección de los sitios sagrados de las comunidades indígenas del país. La respuesta, asistencia y reclamos fueron de tal magnitud y diversidad, que discretamente se abandonó el tema y las políticas que le serían inherentes. Lo sagrado no era sólo una expresión religiosa o en el más llano sentido, algo simbólico; lo sagrado, vinculado al territorio son parte misma del alma y corazón en la existencia de estas sociedades. En tal sentido, hablar de la protección de lo sagrado significaba y significa aún, la protección y/o recuperación del territorio tradicional de muchos de estos pueblos, frente a propiedades privadas, algunas reminiscentes o herederas de los viejos latifundios; otras más convertidas en ejidos, les despojaron de sus derechos tradicionales y el resto, a pesar de ser propiedad de la nación, también les excluía en uso y presencia.

Sin embargo el “desliz institucional” no cayó, ni calló en el olvido; en varios casos la experiencia fortaleció los reclamos étnicos, renovó la reflexión y dio pauta a diversos esfuerzos y acciones hacia la recuperación de territorios y sitios sagrados. De esta manera se puede entender la aseveración de un miembro de la nación conca’ac cuando señalaba: “Lo que los cóxari (no indígenas) no entienden es que la Isla del Tiburón no está regada con perfume, sino con la sangre de los antepasados”. Más recientemente un joven paraecólogo y rockero conca’ac reflexionaba sobre algunas palabras que le dijera años atrás su abuelo, el decirle que ese territorio (el desierto, la isla y el mar) no eran para que él lo gozara, comprendiendo entonces que debía protegerlos.

### **Los símbolos del desierto o’odham**

Los o’odham, erróneamente conocidos a lo largo de la historia como pápagos o pimas altos, quienes se reconocen a sí mismos como descendientes de la tradición cultural de los antiguos hohokam -- aquellos que se fueron, según señalan -- han habitado el mismo territorio desértico por muchísimo tiempo; incluso desde antes de que se convirtiera en un desierto, debido a la iracunda decisión de “El hombre amargo”, como lo recuerda su tradición oral. En ese proceso de ocupación territorial se vieron a sí mismos transformados en tres grandes sociedades principales: los akimel o’odham (gente de la ribera); los tohono o’odham (gente del desierto) y los hia’ced o’odham (gente de la arena), sus actuales descendientes viven entre Sonora y Arizona, es decir, entre dos naciones altamente diferenciadas (Figura 1). Según ellos mismos lo han planteado otro grupo se desprendió de este núcleo, dando forma así a los o’oba, conocidos históricamente como pimas bajos, habitantes de las serranías entre los actuales estados de Sonora y Chihuahua, con quienes en años recientes han intentado reestablecer relaciones, considerándolos como parientes lejanos.

El hecho de verse divididos al establecerse la frontera internacional desde mediados del siglo XIX, con los tratados de Guadalupe Hidalgo y La Mesilla, ha impuesto sus rigores y diferencias con el paso del tiempo, situación que se ha agravado desde finales del siglo pasado y sobre todo en el presente siglo, en el marco de los riesgos y la seguridad internacional que profundizan las transformaciones del desierto en el que sólo ellos y otras sociedades como las de los yumanos (entre otros más) supieron habitar, aprovechar y dotar de sentido, motivo por el cual preferimos hablar de complejos culturales del desierto y no tan sólo de sociedades aisladas, como era la vieja costumbre.



SUBREGIONES	GRUPOS ÉTNICOS
Valles	Yaquis (Y) Mayos (M)
Sierra	Guarijios (G)
Desierto	Tohono O'otham (TO)
Costa	Seris (S)
Hermosillo	Yaquis Urbanos
Yécora	Pimas

LÍMITES	
---	internacional
.....	estatal
—	grupos étnicos
~~~~~	ríos

ESCALA 1 : 7,000,000  
 100 0 100 200 300 400  
 kilómetros

Fuente: Elaboración propia.  
 Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio. Equipo regional Sonora.  
 Cartografía: Instituto de Geografía, UNAM.

Figura 1. Región Sonora.

Si bien en términos de nación y pensamiento los distintos miembros de la sociedad o'odham se resisten aún a aceptar la realidad de los procesos de diferenciación étnica, resultantes de vivir a uno u otro lado de la frontera; este es un hecho que les ha enfrentado tanto a diferentes géneros de vida como a distintas políticas étnicas, lo que ha matizado de múltiples formas todos los órdenes de su existencia.

La diferencia no radica tan sólo en la cuestión de vivir en reservaciones, ejidos o comunidades tradicionales, va más allá de eso y la distinción se profundiza a pesar de sus esfuerzos y esperanzas de unidad, sobre todo en el caso de los tohono o'odham, quienes tal vez son los que más han sufrido esta división internacional, por ser precisamente en su territorio tradicional donde se trazó la línea fronteriza. Esta situación aunada al hecho de que su forma de vivir dependía de una ocupación temporal de rancherías de verano y de invierno, dio lugar a un profundo despojo de su territorio y de muchos de sus sitios sagrados.

Según lo han referido varios miembros de este grupo, algunos de sus sitios con mayor relevancia en términos de lo sagrado, o en el aprovechamiento de recursos naturales y prácticas tradicionales quedaron del lado mexicano, lo cual difícilmente podría ser compensado alguna vez con los beneficios supuestos y concretos del hecho de vivir bajo un sistema de reservaciones, con una legislación distinta y con una economía muy diferente, todo lo cual profundizó el proceso de desplazamiento que hoy en día se manifiesta en la mayoría numérica de la población o'odham al norte de la frontera y en la paulatina desaparición o asimilación mestiza de los miembros del grupo hacia el sur de ella.

Sitios de suma importancia, tales como Pozo Verde, Quitovac o el Pinacate entre muchos otros, son actualmente parte del territorio mexicano y en algunos de ellos se llevan o se llevaban a cabo algunas de las ceremonias más importantes del grupo y que precisamente tienen que ver con el origen del mundo y la existencia de los o'odham o con algunos de los ritos de paso que tradicionalmente señalaban los deberes y obligaciones de las nuevas generaciones, como parte de la formación de su identidad cultural, entendida ésta en un sentido amplio y no restringido a meras tradiciones del pasado, como en ocasiones se pretende entenderlas.

Es por ello que con la participación de miembros del grupo de ambos lados de la frontera se han desarrollado diversos intentos y experiencias orientadas hacia la protección de lo sagrado y al reconocimiento de sus derechos culturales ancestrales y actuales, tratando de congeniar sus tradiciones con las políticas de ambas naciones, lo que en más de una ocasión supone establecer diálogos alternos en el idioma o'odham, tanto como en español e inglés, además de distintos funcionarios, instituciones y leyes.

### **Lo sagrado no puede ser puesto entre cercos**

Un lugar sagrado, de crucial importancia para los miembros del grupo o'odham, como lo es El Quitovac ha sido centro de diversas y profundas controversias en distintas épocas a lo largo de la historia de esta sociedad. Frente a lo sagrado se han impuesto, o tratado de imponer, criterios de uso y explotación de sus recursos, lo cual se agudizó, al menos desde la década de los años ochenta del siglo pasado y donde proyectos mineros y gubernamentales eran el eje de varios de estos problemas. Entre las diversas propuestas de solución de algunos de estos problemas se manejó la idea de convertir por decreto este sitio en una zona arqueológica, a lo que la respuesta de mucha gente del desierto fue precisamente el señalamiento de que lo sagrado no puede ser conservado detrás de mallas ciclónicas o alambradas de púas.

Esto me hace recordar otra situación en la que previo a la realización de una importante

ceremonia, algunos jóvenes bien intencionados pusieron algunos postes y alambradas, para que los vehículos no se interpusieran en el espacio ritual. Momentos después y bajo el ardiente rayo del sol, dos ancianos quitaban el cerco, diciendo con cierto aire paternal que aquellos jóvenes no entendían aún que no se podía llevar a cabo una ceremonia sagrada, cerrándoles el paso a los vientos que traen la presencia de los antepasados, ni a la gente que forma parte de estas bendiciones.

En la década de los años noventa una efímera y dramática fiebre de oro, enmarcada en la novedad del tratado de libre comercio hizo aún más hondas las heridas de los herederos de una sociedad consciente de su origen y pertenencia a su territorio original, de donde ellos surgieron. Esto determinó la voluntad de los o'odham de acudir a las autoridades de la ciudad de México, para comprometerlos en la protección de lo sagrado y para que les fueran retornados restos de sus antepasados, que habían sido extraídos por investigadores extranjeros. En ese contexto y durante ese período se integró una comisión para recorrer el territorio de los o'odham, para conocer, dialogar y encontrar formas adecuadas para un verdadero reconocimiento de la importancia de la cultura de esta sociedad; con esto se buscaba además lograr un mayor entendimiento entre la antropología, la arqueología y la gente del desierto, lo cual en ocasiones resulta muy complejo, ya que según ellos han señalado lo sagrado no puede ser discutido, pero debe ser respetado. Algunos de estos sitios sagrados son:

- Casa de la hechicera: “Se trata de una cueva, ubicada en la parte superior de un cerro, donde vivía una hechicera que se comía a los niños. Los o'odham pidieron ayuda a I'ittoi, su espíritu protector, quien la invitó a una danza, dándole además unas yerbas en su pipa. La gente la asustaba también con el sonido de cascabeles. Cuando I'ittoi logró hacerla dormir, la encerró en la cueva, prendiéndole fuego. En su agonía ella lanzaba rocas incandescentes, con las cuales fue creada la región de El Pinacate.
- Donde bailar: “es el sitio donde se llevó cabo la danza para destruir a la hechicera. I'ittoi dio instrucciones a los o'odham para construir un círculo de rocas donde él danzaría y fumaría con ella”. Actualmente, cuando los o'odham van a este sitio, ponen alguna ofrenda al centro de este círculo de rocas y agradecen por su propia existencia.
- Las montañas que están solitarias: “A este lugar trajo I'ittoi a la gente del desierto y durante 10 días y 10 noches con cantos y danzas pidieron perdón y se purificaron por la muerte de la hechicera”.
- Lugar de muchas espinas: “Aquí es donde se realizaban las ceremonias del *nawait* (licor de pitahaya), la *keijina*, o danza del buro y los rituales de pubertad.

La llegada del nuevo milenio, las relaciones y la seguridad internacional e incluso distintas exploraciones académicas y esfuerzos institucionales bien intencionados pero mal orientados han provocado nuevos conflictos y la búsqueda de otras estrategias para seguir defendiendo su derecho a la existencia y exigiendo el respeto a su pensamiento y creencias. Para ello han organizado diversos foros y congresos, analizando los diversos marcos legales involucrados en todo esto o llamando a las Naciones Unidas, a través de la UNESCO. Algunos de estos esfuerzos, en años recientes, se han tenido que enfrentar, además, a las nuevas condiciones y rigores que imponen el problema de la seguridad internacional, sobre todo desde septiembre del año 2001, que en este caso llegó a confrontar diversos puntos de vista en torno a las relaciones de los o'odham, como sociedad fronteriza, con el gobierno norteamericano. Recientemente los o'odham invitaron al reconocido investigador Rodolfo Stavenhagen para dialogar con él y buscar otras opciones para dar a conocer y encontrar soluciones adecuadas a

esta problemática, en donde lo que está en el centro de la discusión es precisamente el derecho al respeto a lo sagrado y con ello la identidad étnica, cultural e histórica de los o'odham.

### **Acerca de la memoria de las piedras**

A riesgo de dar un salto muy brusco en esta suerte de cartografía del alma, hemos de enfocar ahora nuestra atención a otro tipo de procesos y acciones relacionadas con el patrimonio cultural vivo en el noroeste de México. Me refiero en este momento a los miembros de la sociedad o'oba, generalmente conocidos como pimas bajos, sin saberse en la gran mayoría de los casos que el supuesto gentilicio de pima proviene en realidad de la imposición por parte de los hispanos de este término que quiere decir “no” a una extensa nación cuyos orígenes se remontan a las sociedades del desierto y a una gran migración histórica.

A diferencia de la gente del desierto, esta gente de la sierra ha vivido por largos años enfrentada a una serie de condiciones que tienen que ver con la discriminación racial, la violencia cotidiana y el despojo territorial; para ser agravadas además por los efectos del narcotráfico y la violencia extrema que afecta a esta y otras muchas sociedades, aunque en algunas partes se quiere ver esto como un “problema indígena”, convirtiendo en culpables de un amplio y complejo fenómeno a víctimas inocentes que en muchas ocasiones no tienen la menor alternativa ante esto, poniendo en riesgo la sobrevivencia no sólo de esta cultura ancestral, sino de sus descendientes contemporáneos.

Es por ello que resultó de gran relevancia la propuesta, emanada de los propios o'oba de realizar un trabajo conjunto entre diversos miembros de estas comunidades, junto con arqueólogos, antropólogos y representantes de la iglesia inculturada, para conocer y proteger los sitios sagrados con arte rupestre de la sierra o'oba, entre Sonora y Chihuahua. Esto se llevó a cabo mediante varios recorridos donde participaban tanto señoras y señores de diversas edades, así como jóvenes, niños y niñas, lo que permitió establecer diversos diálogos, compartir diferentes puntos de vista, intercambiar alimentos e incluso sufrir con alegría caídas, golpes y raspones entre cerros, arroyos, valles y cuevas. Uno de los problemas que se enfrentaron fue el hecho de que algunos de estos sitios son utilizados como almacén por narcotraficantes o bien como cuartel militar en esta lucha sin final aparente. Otro problema, igualmente grave ha sido el violento despojo, mediante el cual el territorio indígena se ha ido reduciendo con la aparición de “ranchos postizos” que les han impedido además el acceso a estos sitios.

Uno de los resultados de esta experiencia ha sido el libro “La memoria de las rocas” y donde quiero destacar particularmente la presencia de voces y testimonios de los miembros del grupo o'oba, en su propio idioma y en español. Este sencillo proceso de trabajo permite subrayar algo que tal vez no parezca una gran novedad para algunos escépticos: es mejor trabajar juntos y dialogando, para compartir conocimientos y formas de pensar, ya que, como dicen los propios o'oba, si uno no aprende ¿cómo podrá enseñarle algo al que le sigue?

Otro resultado y más importante aún lo representa para mí el hecho de que un ejemplar del libro antes referido fue entregado a cada una de las familias o'oba tanto de Sonora como de Chihuahua, como parte de su propio patrimonio y herencia cultural y con la cierta intención de colaborar de alguna manera en el fortalecimiento de una conciencia patrimonial y el fortalecimiento de la identidad étnica de los o'oba que les permita contar con mejores herramientas y apoyos para seguir afrontando los retos de la existencia y no ser absorbidos por la efímera memoria del olvido.



## Los caminos del corazón

Aunque el tiempo (y el oxígeno) se me acaban, considero necesario mencionar que procesos semejantes o relacionados con este tipo de cuestiones toman forma y presencia también entre otros grupos indígenas del noroeste. Tal es el caso de los conca'ac donde varios jóvenes, capacitados como paraecólogos están recuperando también la memoria geográfica o la historia territorial de sitios como la Isla del Tiburón y con ese mismo esfuerzo y empeño, invitan a niños y adolescentes a que recuperen también esta parte de su memoria e identidad histórica. Esto tiene también especial relevancia hoy en día, a la vista de los grandes proyectos económicos y turísticos, tales como la Escalera Náutica del Mar de Cortés o la carretera de la costa de Sonora que ponen en grave riesgo el patrimonio cultural, étnico, arqueológico, histórico y ecológico de esta región, todo lo cual quedaría sujeto o sometido a una esperanza turística interesada más en el disfrute y la ganancia económica que en la construcción de un futuro más justo y humano para todos y no sólo para algunos y por un corto tiempo. Si alguna conclusión tengo ahora, es la de invitarnos a seguir dotando de sentido a la existencia y darle herramientas a la esperanza cierta de cada amanecer.